

# PARA CONTINUAR EL DIÁLOGO

RAFAEL ALVIRA

La raza humana, dispersa por el planeta desde hace milenios, y en frecuente enfrentamiento interno, parece estar llegando a un nuevo momento. La dispersión está en un momento crepuscular, ya que son muchas y fuertes las relaciones que nos van uniendo. El desarrollo espectacular del transporte y de las comunicaciones digitales, la universalidad de la ciencia y la técnica, la información en tiempo real planetaria y continua, todo parece vencer el “peso” del espacio y acelerar el tiempo. Nos acercamos a una unidad de la Humanidad.

La comunicación es una dimensión básica del ser humano, de tal manera que su desarrollo ofrece grandes perspectivas. Esperamos que abra el camino a una paz duradera y a un espíritu de colaboración que potencie el avance humano en todos los campos: Paz y Desarrollo totales en la Unidad universal. Hasta los siglos últimos, sólo la Iglesia Católica se había encaminado con toda claridad en la dirección de la Universalidad. De ahí la centralidad de Roma y de la misión, que, cuando

|||||||||||||||||  
**Nos acercamos a la unidad de la Humanidad tras vencer el “peso” del espacio y acelerar el tiempo**

ha sido bien hecha, siempre lo ha sido en forma de oferta.

El enfrentamiento entre protestantismo y catolicismo no pudo dejar de lado la verdad del universalismo. Es entonces cuando se culpa a las llamadas “religiones positivas” de ser origen del problema. Aparece con ello, en 1717, la masonería especulativa moderna. Su tesis central es que la razón -por encima de diferencias emocionales, históricas o de “fanatismo” voluntarista de una fe religiosa- unificará, pacificará y desarrollará el mundo. El problema para esa razón -como los siglos posteriores han mostrado con claridad- es que no tiene fuerza suficiente ni para unir, ni para pacificar ni para hacer un desarrollo sostenible.

No querer aceptar el error de haber postulado la superioridad de la “razón pura” condujo, como cabía esperar, a la reaparición de lo que supera a ese tipo de razón. En la tradición católica, la fe es “razonable”, nunca irracional, pero es más que razón pura, porque en Dios se confía, pero no se le conoce perfectamente. Al abandonarse esta tesis, no se puede, sin embargo, abandonar la fe, la cual reaparece en la dogmatización religiosa

implícita en las ideas de fraternidad universal, progreso ilimitado y total unidad del mundo.

Esa dogmatización pretende ser puramente racional y está, por tanto, en el plano de lo que en el pasado se llamó “naturaleza pura”, una naturaleza, sin embargo, que existe tan poco como la razón pura. El poder sociopolítico de las nuevas ideas, a la vez que la palpable realidad de sus fracasos, llevó a la alta jerarquía católica, ya desde poco después de la mitad del siglo XIX, a intentar aclarar en qué sentido podía estar de acuerdo con algunos aspectos de esas ideas, y en cuáles no. La evolución de esta actitud ha conducido a discursos cada vez más difíciles de interpretar.

¿Es posible, sin la gracia sobrenatural y habitual de Dios, y sin la riqueza de la doctrina y práctica católica, sólo con la naturaleza y la razón, conseguir la paz y la fraternidad mundial? Hasta ahora, en el ámbito católico se pensaba que no. Por eso, la doctrina católica fue siempre de un tremendo realismo: se hace lo que se puede, con la gracia y la prudencia, sabiendo que hasta que Dios no lo quiera, el cielo en la tierra es una pura ensoñación sobre la que no se puede trabajar ●